

Adriana Strupp

ESCUCHÉ QUE ALGUIEN LLORABA



Escuché
que alguien lloraba

Adriana Strupp

Escuché
que alguien lloraba

Adriana Strupp

Título original,
“Escuché que alguien lloraba”

Foto y diseño de tapa,
Adriana Strupp

Para comunicarse con la autora:
adrianastrupp@yahoo.com.ar

Strupp, Adriana

Escuché que alguien lloraba - 1a ed. - Buenos Aires : el autor, 2005.
48 p. ; 21x16 cm.

ISBN 987-43-9460-9

1. Narrativa Infantil Argentina-Prevención de Adicciones I. Título
CDD A863.928 3

Fecha de catalogación: 21/06/2005

**Mi profundo agradecimiento a
los miembros de Narcóticos Anónimos
de Vicente López, Pcia. De Buenos Aires, Argentina,
que abriéndome sus corazones
hicieron posible esta obra.
Algunos de ellos ya no están.
A todos,
¡Fuerza y adelante!
y ¡Felices veinticuatro horas!**

ESCUCHÉ QUE ALGUIEN LLORABA

Escena única

Las sillas dispuestas en semicírculo de cara al público, semejando una reunión de Narcóticos Anónimos.

Julio:

Todos de pie. Vamos a decir nuestra oración. Cualquiera sea la connotación que le demos a la palabra Dios, decimos

Todos:

Dios, concédeme la serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que puedo cambiar y sabiduría para reconocer la diferencia.

Julio:

La reunión de hoy es abierta al público, amigos y familiares, por lo tanto no se coordina. Quien quiera hablar no tiene más que pedirme la

palabra. Yo los voy anotando por orden. Les pido respetar los tiempos para que todos podamos hablar. Le damos la bienvenida a los nuevos miembros isuerte y adelante!

(Gabriela hace un gesto pidiendo la palabra)

Julio:

Sí, Gabriela, sos la primera.

Gabriela (al público):

Hola grupo, soy Gabriela, una adicta en recuperación. Hoy tuve un día terrible. Me sentí tan mal, tan sola. Primero agarré y la llamé a ella. No estaba.

Después (señala a alguien del público) te llamé a vos y tampoco estabas. Tu vieja remacanuda, me dijo que te habías ido al colegio.

Después lo llamé a aquel (señala a otra persona del público) y nada, sólo el contestador.

Con cada llamado me sentía peor. Más sola. Estuve tan tentada de salir a buscar al puntero que no me podía aguantar. Un toquecito no me

vendría nada mal, pensé para calmar un poco este vacío acá (señala su pecho). Así que lo llamé. El teléfono empezó a sonar una, dos, tres veces. Cuando estaba por cortar, atendió ¡Hola! ¡hola! decía el boludo y yo nada, silencio. ¡Andá a la reputa que te parió! Gritó y colgó.

Y yo nada, riéndome sola. Sabés qué, estaba sola, resola, pero de pie.

Además, ya sabía lo que ustedes me iban a decir, que nada hubiera cambiado, que al bajar, todo el quilombo estaría allí tal como lo dejé y peor, porque estaría hecha una piltrafa.

Pero itenía tantas ganas! Pensar que ya llevo limpia casi dos años y las ganas siempre ahí, acechando. Una pesadilla.

Maldito el momento en que empecé. Quería ser tan piola, tanto más que los demás. Que todos me admiraran. La de más resistencia, porque vamos a decir que nadie me ganaba y todo impecable. De viernes a la tarde a domingo a la noche, un solo rato, un solo momento de felicidad, de éxtasis. Me bailaba todo. Me lo chupaba todo y me los cogía a todos.

Al principio todo mataba. La fiesta me duró cerca de tres años.

Si hasta en el colegio me iba de maravillas. Tenía el mejor promedio, mejor alumna, mejor deportista, mejor compañera. Lo podía todo.

Quién podía tener ganas de bajarse del caballo. Lo mantenía todo en secreto, todo acomodado. Ni los del palo sabían de verdad quién era yo. Me creían una más del montón de esas boluditas piojosas, vagabundas de la vida que ni saben para qué viven.

Pero yo la tenía clarísima. Yo, la chica diez. ¡Que se crean lo que quieran! Mientras tuve con qué comprar, todo estuvo al pelo. Cuando no tenía con qué, mi cuerpito me ayudaba ¿Que no iba a poder manejar la merca? Los boludos no pueden. Yo podía con todo y con todos, hasta que un día... no pude. Estaba redura escondida en el placard de mi habitación (se mete acurrucada debajo de su silla) con toda la paranoia encima. No me podía ni mover de tanto miedo a que me encuentre la yuta, canas hijos de puta represores y coimeros, si hasta te cogen para no denunciarte. Yo estaba

acurrucada entre los zapatos en el fondo del placard y... escuché que alguien lloraba, y lloraba y lloraba, llamando (lloriquea gritando) ¡mamá! ¡mamá! ¡mamá!

Y ¿saben qué? ¿saben quién lloraba? ... (silencio)
¡Yo lloraba! Pero de tan dura que estaba ni me daba cuenta que era yo la que lloraba.

(La persona de al lado la saca de debajo de la silla. Trata de abrazarla y consolarla pero ella se quita el abrazo cariñosamente).

¡Déjame!

Tengo que sacarme toda esta mierda de adentro. Tengo que contarles porque si no me ahogo. Hace tanto que vengo y nunca tuve la valentía de hablar.

Es cierto, estoy limpia pero eso no quiere decir que esté curada. Sólo no consumo. La locura sigue.

En realidad es mucho peor, porque ahora me doy cuenta de todo lo que perdí, todos estos años. Y de a ratos no sé si voy a tener fuerzas para enfrentarlo todo. Sacarme la careta. Yo me escondía. Recién ahora voy descubriendo quién realmente soy y no

sé si me gusto demasiado (pausa).

Estaba escondida en el fondo del placard (vuelve a meterse debajo de la silla) y de tanto gritar ¡mamá! ¡mamá! ¡mamá!, se me apareció la vieja.

Madre:

Mi bebé, qué le pasó a mi bebé (dice mientras la acuna en su regazo)

Gabriela (al público, mientras la mamá lo actúa):
Me miró, se agachó y me abrazó como si fuera un bebé recién nacido. No, como si fuera un bebé caído. No preguntó, no opinó ni dijo nada. Me acunó y arrulló hasta que me quedé dormida en sus brazos. Cuando me desperté y la vi llorar silenciosamente mientras me seguía sosteniendo. Juré no volver a tomar nada. Ella no me lo pidió. Seguramente ni sabía lo que me pasaba ni en qué andaba.

Gabriela (a la madre):

¡Te lo juro! ¡Te lo juro de verdad! Nunca más voy a tomar nada.

Gabriela (al público):

Lo juré de verdad. Lo sentía en mis entrañas pero... pocos días después, también sentí en mis entrañas (se retuerce) la necesidad impostergable de consumir.

Di vueltas y más vueltas.

(Sale aquí del estatismo escénico y comienza a actuar todo lo que dice)

Se lo había jurado a mi vieja, me lo había jurado a mí misma. Me lo deseaba a mí misma y sin embargo, un rato más tarde tocaba el timbre en casa del puntero. No lo encontré y allí empezó mi desesperación.

¡Busqué!

Busqué por todas partes y no encontré a nadie.

¡Malditos todos! ¿Dónde están? (esto lo dice muy cerca del público o entre el público).

Enloquecida y enceguecida corrí a casa, me encerré en el baño y desesperada busqué en el botiquín algo con qué darme. No había nada, ni siquiera jarabe para la tos. De repente encontré el quitaesmalte (levanta una botellita imaginaria) ¿Y si me muero por tomar esto? ¡A quién le va a

importar! ¿Quién me va a echar de menos? ¡No existo! Soy una basura andante. ¡Salud careta! Me dije al espejo mientras me miraba tomármelo todo.

No sé cuánto tiempo pasó. Lo único que recuerdo es un tubo que me metieron hasta las tripas. Lavaje de estómago y mi vieja otra vez llorando.

Madre (a Gabriela):
¡Chiquita, mi chiquita!

Gabriela (a la madre):
No puedo, no puedo con esto. ¡Ayúdame! Sola no puedo.

Gabriela (al público después de un silencio importante):

Bueno grupo, ya dije bastante, gracias por escucharme y felices 24 horas para todos.

Todos a coro:

Gracias Gabriela ¡Suerte y adelante!

Julio:

Siguiendo con el orden, tiene la palabra Federico.

Federico:

Hola grupo, yo soy Federico, un adicto en recuperación. Nada que ver con lo contó Gabriela.

Yo era El Linyera. Último en todo. Nadie esperaba nada de mí, ni yo de nadie. Ni sé cómo me bancaban en casa. No hacía un carajo. Largué el colegio en tercer año. No me daba la cabeza. Claro, cómo me iba a dar si la tenía llena de merca.

¡Fui tan boludo! Por ser uno más del montón.

(Se acerca al público)

Por no quedarme solo ¿viste? Vos sabés cómo es esto.

Qué ¿te vas a quedar sobrio para ver cómo los demás se cagan de risa y vos boludo no se te mueve ni una pestaña? ¡Ni ahí! Te entonás para poder ser parte, sino agarrás y te vas ¿Adónde? A casa. Porque en esta sucia ciudad, no existe un lugar donde puedas estar limpio. Están todos

hasta la manija.

Al principio yo también la manejaba, pero no aguanté tanto como Gabriela. La fiesta me duró unos meses, después ya me quedé pegado y probé todo lo que se me ofreció.

No podía vivir sin consumir.

Todo pasaba por ahí.

Vivía para consumir y consumía para vivir.

Lo peor fue la cocaína. En realidad hasta ella, todo venía bastante bien, pero después de unos saques ichau! ¡Perdí! Juro, reperdí. Si hasta perdí a mi novia porque ya no se me paraba. Pero a quién le importa. No había mejor orgasmo que un buen viaje. Ni lo hay.

Todavía, si bien estoy limpio, sigo con esta imagen de pantalla súper gigante de lo que fue. Y lo que más me cuesta ahora, es que nada me divierte.

Si no estoy entonado, nada me da placer. Nada me provoca risa.

No sé divertirme sin estar cargado. Es una cagada. Me la revendieron y yo la pagué hasta con mi culo. Salía a robar o me bajaba los pantalones ¿se entiende? (silencio)

Alguien:

¿Y qué te hizo reaccionar? Quiero decir ¿por qué decidiste largar? ¿Fue por lo del accidente?

Fantasma:

Ni el culo ni el accidente lo hicieron reaccionar. No lo debe ni tener registrado. Total, fui yo el que me morí. Pensar que lo hacíamos todo juntos.

(Le pone una mano al hombro) ¡Mi mejor amigo! Aquella noche volvíamos de una fiesta. Reduros. El acelerador a fondo por Panamericana. En una de esas cuando tomo la curva para subir al puente, nada, sigo derecho. Mientras el auto se hacía mierda, já, lo estoy viendo como si fuera en cámara lenta, aquel nabo, escondía la merca detrás del forro de la puerta.

Federico (como desde el pasado, puede ser voz en off):

¡Boludo! ¡Ahora va a venir la cana y nos va a encontrar recargados!

Fantasma:

A él no le pasó nada, ni un rasguño.

Yo entré en coma y ya no salí hasta que morí cuatro días después.

Claro, esa no te la cuentan.

El asunto es que al día siguiente del accidente vino al hospital a contarme contento.

Federico:

¡Varón!

Fantasma (como explicándole al público):

Nos decíamos así.

Federico:

Fui a buscar la merca. Estaba intacta. El auto no. Quedó hecho mierda. Pero la merca no sabés, era de reprimera. La pasé como nunca. Menos mal que la cana no la encontró. Me metían adentro ¿viste? (se queda como volando)

Fantasma (al público):

Ni se enteró que yo me moría.

Alguien (a Federico):

¡Eh, bajá! ¿Me vas a contestar? ¿Qué fue lo que te hizo parar?

Federico (serio):

Que me rajaron de la casa de mi novia por afanar guita. Ya lo había hecho una vez y como pedí disculpas me perdonaron. Cuando me agarraron la segunda, me prohibieron volver y me dio en el orgullo ¿viste?

Fantasma (irónico):

¿Orgullo? (lo vuelve a tomar a Federico por el hombro) ¿Qué orgullo? Vos sos un perdedor viejo.

Federico (apoya su mano sobre la del fantasma):

Será porque me gusta ganar. Y así venía perdiendo fiero. (Silencio) Bueno, ya fue.

¡Felices 24 horas y gracias por escucharme!

Todos:

¡Gracias, suerte y adelante!

Julio:

Daniel, es tu turno ¿querías decir algo?

Daniel:

No sé si vale la pena que yo hable. Todo apesta. Yo también.

Soy un adicto que no sé si se está recuperando.

Es este puto sistema de la guita. Todo mal. Ayer salió mi viejo con esto de que no me da más un mango y que tengo que salir a laburar

¿Laburar? ¿Yo? ¿Para qué?

Ni pienso entrar en es bola de todos de trajecito como mi viejo o como aquel chavón (señala a alguno del público). Yo la de la guita no me la creo.

Hace unos años trabajaba de DJ en fiestas conchetas. Juro. Trabajaba unas cuantas noches al mes y listo. Me estaba yendo bastante bien.

Después, despacito, de tanto aspirar para quedarme despierto, se me fue pudriendo todo. Primero las neuronas y después del resto. (Se agarra de su propia ropa) Esto que está aquí delante de ustedes, es lo que me quedó. (Se mira

por el escote para adentro y se huele) Y la verdad es que esto también apesta!

Pero yo no soy un conformista como ustedes.

Ustedes que van al colegio como si fueran ovejitas de un rebaño. Son unos boludos.

(Se acerca directamente a alguno del público y lo toma de la ropa)

¿No te das cuenta? Todo este sistema apesta y vos sos un boludo. Un engranaje más de esta sucia máquina. ¿Acaso pediste nacer? ¡NO! Yo tampoco. Y aquí estamos lanzados a este sucio mundo. Y arreglate hermano. Que aquí nadie te da una mano. Ni los viejos. Ni los propios viejos. ¿Sabés para qué te mandan al colegio? Para que seas un hombre de bien. Para que después puedas laburar y no romperles más las pelotas a ellos ¡Já! Para que puedas independizarte. Para que ellos no tengan que laburar más para vos.

¿Y por qué no van a laburar más para mí?

¡Yo no pedí nacer!

¡No!

Ellos anduvieron haciendo la porquería por ahí y no se cuidaron. Por eso nací. Porque ellos fueron

unos irresponsables.

¿Cómo se puede traer hijos a este mundo? ¿No ven que apesta?

Ahora, me van a tener que mantener toda la vida.

Yo ni pienso laburar.

Mi vieja anda por ahí redeprimida.

Madre (casi como suplicando):

¡Hijo, ya sos grande, tenés que darte cuenta que tenés que hacer algo... papá se enoja tanto!

Daniel:

Mi viejo que me grita y yo que le retruco.

Padre (gritando):

¡Fuera! ¡No más vagabundos en esta casa! Yo me deslomo trabajando. Vengo cansado como un perro y este... este que nos toma el pelo. O trabaja o se va
¡Fuera!

Madre:

Pero viejo, no le hables así.

Daniel (yéndose):

¡Váyanse al carajo!

Madre (llorosa):

Ves, se fue.

Padre:

¡Y que no vuelva!

Daniel (al público):

Y así sigue el circo. Siempre igual.

Mi viejo que me echa a los gritos, yo que le retruco y mi vieja que llora. Todo el mismo circo una y otra vez.

(Se acerca al mismo que antes):

¿Y a vos te parece que con tanta pálida puedo tener ganas de dejar de aspirar? ¿De dónde saco las fuerzas para salir adelante? Además ¿dónde mierda queda adelante? (con tono de enojo pero como intentando encontrar la salida)... ven que no valía la pena que yo hablara ¡Todo apesta!
(silencio)

De todas formas gracias por escucharme y para

los que puedan, felices 24 horas.

Todos:

Gracias Daniel, fuerza y adelante.

Julio:

Mariana, tenés la palabra.

Mariana:

Gracias Julio.

Hola grupo yo soy Mariana, una adicta en recuperación. Quiero decirles que soy nueva en esto de la recuperación. Consumí durante muchos años. Casi once.

Empecé de muy piba. Soy música y tengo miedo. Estoy recagada hasta las patas. Sé que ya no puedo consumir más. No me da el físico. Tengo SIDA. O me cuido o tengo los días contados. Tengo mucho miedo de no poder con esto de estar limpia. Recién van 24 horas, mis primeras 24 horas y...

Todos (aplauden):

¡Fuerza y adelante Mariana!

Mariana:

Y no sé si voy a poder. Pero tengo que poder.

Daniel se queja de que tenía al viejo encima. A mí ni me miraban. Yo hacía lo que me parecía bien. Iba y venía a mi antojo. Nadie me preguntaba nada. Ni a qué hora volvía, ni dónde había estado ni con quién. Me tenían confianza.

A veces yo hacía cosas a propósito para que se dieran cuenta, para que me paren, pero no, ellos vivían en una nube de pedos.

Cuando salía con mi amiga Paula y los viejos le preguntaban adónde iba, yo les contestaba refeliz y Paula se ponía del tomate conmigo. Decía que ya era grande y que no quería que la controlen.

Paula:

Pero nena ¿sos o te hacés?

Mariana:

Y qué te molesta contestarles.

Paula:

Ya no soy ninguna borreguita como para que me

anden controlando ¿vamos?

Mariana (al público):

Y así se me fueron pasando los años. Lastimé a toda mi familia y juro que no fue mi intención. Sólo quería divertirme.

Me habían dicho que era divertido (silencio).

El otro día me pescó mi esposo. (Hace gestos de revolver, abrir cajones desesperada, buscando)

Esposo:

¿Qué hacés? ¿Estás loca? ¿Qué buscás? Se va a despertar la beba.

(Se escucha en off llanto de bebé)

Esposo:

Te dije.

Mariana:

¡Hacela callar o...! (muy alterada) ¡Que se calle!
¿No me oíste? (hace gesto como de agarrar a la bebé)

(Él se interpone. Mariana cada vez más descontrolada agarrándolo de los hombros con furia y súplica)

¡Necesito la plata! ¿Dónde la escondiste? ¡No me provoques!

Esposo (dulce):

Quiero ayudarte, pero no a que te mates. La gordita necesita una mamá y yo a vos.

Mariana (al público) (habla y actúa al mismo tiempo):

Yo seguía dando vuelta los cajones de los pañales y las batitas. Estaba reloca y de repente...

Esposo:

Tomá (le da unos billetes. Sin decir nada se da vuelta y se va con la bebé muy apretada en sus brazos)

Mariana:

Me quedé parada de una pieza mirando cómo se iban

¿Qué clase de pendeja soy? Tengo 26 años y buena para nada. Ya ni siquiera compongo. Antes sí, era buena, de verdad. Pero vivía dada vuelta. Yo creía que así componía mejor. Y quizás hasta era cierto ¡Era cierto!

Siempre argumentaba que hasta los más geniales componen sus obras estando atontados. Que Bob Marley, que Charly García, que Janis Joplin.

Los únicos con los que no discutía era con los del palo. Ellos me entendían ¡me aceptaban! Me dejaban vivir mi vida en paz y no siempre con condiciones.

Esposo:

¡No vuelvas a acercarte a nosotros ni a la casa! Mientras sigas siendo una drogona, te quiero ¡lejos!

Te amo lo suficiente como para ayudarte, pero no para dejar que nos destruyas.

Volvés a intentar agarrar a la beba y te denuncio. Esta vez fuiste demasiado lejos ¡vas a tener que elegir!

Mariana (hablándole al grupo):

Por eso vengo. Porque elegí largar pero no estoy segura de poder. Y menos sola.

Si la pepa hasta anestesió mi bendito instinto materno.

Por ahora todo me parece muy difícil. Un camino muy oscuro, pero siempre está más oscuro antes del amanecer ¿no? Bueno gente, gracias por escucharme y felices 24 horas.

Todos:

Gracias Mariana ¡suerte y adelante!

Julio:

Soledad ¿querías hablar?

Soledad:

Sí, gracias. Bueno ya saben soy Soledad una adicta en recuperación. Y quiero contarle mi historia a Mariana porque creo que nos podemos ayudar.

Siempre se cree que esto es cosa de hombres. Pero no es así ¡somos tantas las que estamos atrapadas!

Que estés hoy aquí, que sean tus primeras 24 horas, es maravilloso y a la vez doloroso. Todavía no saliste de la trampa, pero ahora sabes cuál es la trampa.

Yo caí por el lado del alcohol.

Nunca fui a bailar ni tuve muchos novios. Es más, casi te diría que soy una antigua. Empecé con el alcohol porque sí, como una diversión y con el tiempo se me fue convirtiendo en necesidad.

Tengo tres chiquitos, si los vieras, uno más dulce que el otro. Me casé muy jovencita y muy enamorada.

Nunca quise que mis hijos me vieran borracha, así que ¿sabés qué hacía? Esperaba a que llegue la noche para empezar a tomar mis tragos. Los acostaba y después tomaba. Ellos no se enteraban de nada.

El problema empezó a ser el verano cuando los días son tanto más largos y a las 6 de la tarde yo ya estaba que me comía los codos.

(Comienza a pasearse por la casa muy nerviosa)
Caminaba por la casa como un gato enjaulado.

Soledad (como a los hijitos hablando suave):
¡Chicos, vamos salgan de la pileta que ya es hora de dormir!

Hijos (voz en off):
Pero ma, si está relinda y todavía hay sol. Vení, metete con nosotros. ¡Dale! ¡Nunca venís!

Soledad (negociando):
Un ratitín más de pile y después vienen así les cuento un cuento en la cama.

Soledad (al público):
Ellos no tenían la culpa.
Yo trataba de ser suavcita, de no gritarles. Entonces les contaba el cuento del Señor Sol que decidió acostarse más temprano porque estaba cansado de tanto que había trabajado o el de la Noche que engañó al Señor Sol viniendo más temprano.
Así bajaba la persiana y los metía a dormir.

Hijos (voz en off muy dulce)
(Cada vez que aparecen los hijos son voces en

off):

Que duermas lindo ma. Que sueñes con los angelitos.

Hijo:

No, que sueñe conmigo.

Hija:

No, conmigo.

Soledad (al público):

¡Eran tan dulces! Me los podría haber comido. Ellos sabían que no era de noche y también seguro que sentían mi necesidad de que desaparecieran.

Hija:

Ma, no me diste un beso.

Hijo:

¿Me traes un vasito de agua?

Soledad (muy suave y dulce):

¡Shhhhhhhhhh! Ya, un beso a cada uno, su vaso

de agua y hasta mañana bichitos.

Soledad (al público):

Cerraba la puerta detrás de mí y... me convertía en otra. Con el paso de los años, ya no pude respetar ningún horario para tomar y las cosas se fueron poniendo realmente difíciles.

Le pedí ayuda a mi vieja con los chicos y me la dio a condición de que yo me pusiera en tratamiento. Intenté distintas cosas que no funcionaron hasta que una amiga me trajo aquí.

Hijo (voz en off):

Ma, después del cole me voy a jugar al fútbol con los pibes y llego como para cenar ¿está bien?

Soledad:

Sí, pero ¿dónde van a jugar?

Hijo:

En la calle. Como Cristian vive en una cortada, casi no pasan autos.

Soledad:

Bueno, pero cuidate mucho y a las 7 estás en casa ¿sí? Que se diviertan. Meté muchos goles.

Soledad (a Mariana):

No sabés lo que me cuesta dejarlo ir. Tengo terror a lo que pueda pasar. Ahora se consigue de todo en cualquier esquina y... Yo les hablo un montón pero... A veces me siento tan sola frente a todo. El mundo me parece cada vez más difícil, más amenazador. Todo está en venta, también la vida de nuestros hijos.

(Aquí comienza como a transformar su personalidad. Hasta aquí era una “buena mamá”, la que pudo salir adelante. De aquí en más, muestra su soledad e impotencia)

Me da tanto miedo, me siento tan sola.

Debe ser por el nombre que me pusieron.

Mi esposo se fue hace años. Cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles, desapareció y nunca volvió.

Los chicos crecen y tienen sus vidas y sin el alcohol, ya ni sé quién soy.

No sé por qué me pusieron este nombre, parece una maldición, siempre me siento tan sola. Hago tanta fuerza para estar bien ¡quiero estar bien! Mis hijos merecen una mamá, pero me sigue costando mucho.

¡Me siento tan sola!

Mariana (la abraza):

No, no digas eso. ¿No estamos nosotros?

Soledad (hasta aquí venía mansita. Lo que sigue, lo dice con mucha bronca que tenía muy guardada. Habla con ironía y después cuando llora se vuelve a quebrar):

Sí, claro. ¡Ahora existen ustedes en mi vida! Pero saben para qué, para enrostrarme que ustedes lo lograron y que yo soy una tontita. Que por más que lo intente una y otra vez, lo máximo a lo que llego es a estar limpia pero no a vivir, a disfrutar.

(El llanto no la deja seguir. Silencio, Sólo frases entrecortadas mezcladas con el llanto)

No soy nada... nadie... sólo la soledad... el vacío... y me tienta tanto volver a llenar la copa...

(Llora y ya no puede seguir)

Julio:

No es mi turno pero si me lo permiten, pido la palabra. (Todos asienten)

Yo soy aquí el más veterano. Llegué hace muchos años, después de consumir un siglo.

Y lo que quiero decirte (se acerca a Soledad, se acucilla frente a ella y le abraza la rodilla), es que todos los días me pregunto; quién diablos soy y si estoy capacitado para estar aquí.

A veces no estoy muy seguro de poder.

Entonces, esté donde esté, sea en el medio del tráfico o en el quilombo de mi trabajo; me aparto, cierro los ojos y trato de acordarme de dónde vengo y de todo lo que perdí por el camino.

Y les juro que acordándome, sé a dónde no quiero volver. ¡Fue el infierno!

Yo no tuve la suerte que tuviste vos.

No logré salvar a mi hijo. Se me murió y de tan atontado que yo estaba no atiné ni a llevarlo al hospital. Para cuando volví a la realidad, ya era tarde, demasiado tarde.

Fue una boludez. Se atragantó con un pedacito de comida y se ahogó. Delante de mis ojos y yo no me di ni cuenta. Toda la vida voy a tener que vivir con esto.

Y me quedó ese agujero.

El de la culpa.

El de la soledad.

El del vacío.

(Mira dentro de los ojos de Soledad):

Sólo en soledad se siente la necesidad de los demás, de los amigos. Sólo en soledad se siente ese agujerito interior del que hablaban antes. Y sentirlo es bueno. Hay que bancárselo y no tratar de llenarlo con mierda.

¿Sabés por qué? Porque es el lugarcito para el amor.

El amor de verdad, no el de los espejitos de colores (la abraza)

Nadie dijo que esta vida es fácil. Pero es hermosa cuando uno encuentra que necesita ser abrazado o que se muere por abrazar a un amigo en necesidad.

Ya no estás sola y si te parece bien, quisiera ser

tu padrino en esta nueva vida. Porque esto que hacemos aquí, es como volver a nacer.

(Más risueño)

Y ahora, despacito vas a tener que aprender de a uno los pasos para caminar el nuevo camino, vivir y disfrutar. Vas a seguir tropezando y llorando. Pero aquí vamos a estar nosotros. Todo el grupo dándote la mano para seguir adelante. Nosotros te necesitamos. Y como dice el libro “sólo por hoy daré mi primer paso”. Uno por vez.

(Al público, entremezclándose):

No somos boludos, ni malos, ni sos la basura de este mundo (hablándole a Daniel).

Somos enfermos y necesitamos ayuda.

No soy culpable de mi enfermedad ni vos de la tuya.

Pero sí, somos responsables de nuestra recuperación. Tengo que dejar de engañarme a mí mismo.

Aunque sea sólo por hoy, sólo por este breve minuto, no voy a engañarme. Si consumo, si soy adicto, tengo que dejar de engañarme.

De alguna forma itodos nos engañamos!

Fantasma 2 (mujer):

Ahora lo veo clarísimo. Me tuve que morir para entenderlo. Y mirá que me lo habían dicho y yo que no, que decían taradeces. Que eran unos caretas, que por eso hablaban así.

Y sabés qué, tenían razón.

El día que me morí, entré en un coma alcohólico y empecé a enredarme en unos hilos.

Estaba furiosa. ¿A vos te parece que además de luchar por respirar sin ahogarme tenía que zafar de los hilos?

¡Qué absurdo!

Allí estaba yo tirada en la cama de una terapia intensiva, con tubos que me salían por todas partes y millones de hilitos enredados que subían.

Parecía una pesadilla.

De cada uno de nosotros, de cada uno de nuestros pies, de nuestras manos, de nuestras cabezas, de nuestros pensamientos y emociones, salían hilitos transparentes, como esos de los de pescar, que se iban enredando y subiendo.

Yo tenía que saberlo ¿Adónde iban todos esos hilos?

No fue difícil. Era cuestión de concentrarme en una sola persona por vez.

Hacia un rato atrás, bailábamos y jodíamos como siempre. Por algún rincón algunos transaban, otros gritaban para poder escucharse.

La música que nos martillaba la cabeza.

Y como siempre, a alguno se le ocurrió el juego de la resistencia. Teníamos cerveza y mucho vodka. Siempre había mucho. Todos traíamos alguna botella, pero por algún misterio que nunca supe, siempre aparecían más y más botellas.

Hasta ese día yo nunca había participado del juego.

No soy, quiero decir, no era muy buena tomando y además no me gusta perder.

Pero de repente todos empezaron ¡Laurita! ¡Laurita! ¡Laurita! Y me sentí como en obligación.

Aplaudían y abucheaban. Ya estaban bastante en curda y no me daban escapatoria. Seguían gritando cada vez más sacados ¡Laurita! ¡Laurita!

Me asustaba cuando los veía así enardecidos. De tanto susto que me daban, una vuelta transé con

dos pibes a la vez. No me gustaban para nada. No había ni una gota de onda pero sí, muchas gotas de vodka.

Me daba miedo que si les decía que no, iba a pasar algo malo.

Ahora que estoy del otro lado, ahora que ya morí, creo que a lo que le tenía más miedo era a que me violen.

No sé por qué me juntaba siempre con ellos.

Una vuelta forzaron a una chica.

Era la primera vez que estaba con nosotros. La pendeja les decía que no quería, pero ellos estaban tan borrachos que no la escuchaban. Para mí, lo peor fue que no hice nada por ayudarla.

Ella me miraba, me miraba y yo, nada ¡paralizada!

Pero me quedó muy grabado. No quería que me pase lo mismo.

Cuando empezaron ¡Laurita! ¡Laurita! no me atreví a negarme. Me dejé recostar sobre la barra. Mansa abrí mi boca para que no me lastimen.

Me iban mezclando vasos de cerveza con vasos de vodka. El corazón empezó a latirme más fuerte.

Ellos también gritaban más fuerte ¡Laurita!
¡Laurita! Enseguida comenzó a latirme la cabeza.
¡Laurita! ¡Laurita! seguían vociferando y de
repente ya no los escuché.

(Aquí los actores siguen gesticulando como
alentando y gritando pero sin emitir sonido
alguno, sólo hacen los movimientos).

Sólo había silencio y yo que desde arriba miraba
la escena. Me veía a mí misma tirada boca arriba
sobre la barra.

Me tiraban la cerveza y el vodka por la garganta
y seguían ¡Laurita! ¡Laurita! ¡Laurita! pero yo ya
no los escuchaba. Me había ido.

Empezaba a flotar cuando me enredé con el
primer hilo. Luego, más hilos y luego millones.
Insólitamente me acordaba de la profesora de
filosofía y de Sartre ¡qué absurdo!

Millones de hilos que salían de mi cuerpo que
había quedado abajo y de cada uno de los chicos
que seguía gritando ¡Laurita! ¡Laurita! ¡Laurita!
Me daba tanta bronca.

Al final, mi hermano tenía razón. Él decía que
nosotros, que nos creíamos tan liberados, tan

modernos, que hacíamos lo que queríamos con nuestras vidas, éramos títeres de los poderosos.

Me daba tanta bronca escucharlo.

Decía que todo era una trampa. Que nos hacían creer que elegíamos. ¡Mentira! No, él decía que los de arriba ¿quién mierda eran los de arriba? Nos mantenían así, atontaditos, drogados y borrachos, para que no protestáramos. Para que ellos, los poderosos, los dueños y señores del mundo, hicieran lo que se les daba en gana.

Y tenía razón.

Mi hermano tenía razón.

Parecíamos marionetas que ellos manejaban.

Todos los hilos dan al mismo lugar.

Ganan dinero vendiéndonos cualquier basura, desde cerveza hasta los químicos más sofisticados, pastillitas con formas de lunas y estrellas. Pero su mayor ganancia está en nuestro silencio. De tan atontados que estamos, no somos capaces de defender a una chica cuando la violan delante de nuestros ojos. Nos dejamos coger sin protestar. Nos dejamos robar por todos los costados.

(Muy directa al público):

En nuestro país cada 15 minutos muere un niño por falta de comida ¿falta de comida en nuestro país? ¿Falta de comida en Argentina? ¡Qué absurdo! ¿Y qué hacemos? ¡Nada!

Nuestra parálisis está tan programada.

Desde chiquitos nos programan. Y no a todos igual; que tenemos que ser más flacas, tener tubos más inflados o el pelo más enrulado, que nuestras lolas son muy grandes o muy chicas, cirugía estética, lipoaspiración o la aspiración de la merca.

Y todo para qué.

Para que estemos tan ocupados en boludeces, que no nos quede resto para ocuparnos de lo que realmente importa: El hambre, la guerra, la destrucción del planeta.

Y yo que discutía con mi hermano que la merca y la cerveza no tenían nada que ver con política.

¡Todo tiene que ver con política!

Dejé de hablarle porque ya no lo consideraba mi amigo. Me tenía repodrida con sus sermones para que largue todo, para que ya no vaya al boliche, para que...

(Le habla en forma directa a alguien del público como si estuvieran solos):

Y sabés qué mi hermano no sólo había sido mi amigo sino mi único amigo. Y sabés otra cosa (se dirige a la misma persona del público) de él no salen esos hilitos transparentes.

¡GLOBALIZACIÓN!

Globalizaron la estupidez, la mansedumbre.

Vemos por la tele como si fuera una película el bombardeo de una ciudad entera, con sus chicos, sus perros, sus mujeres, sus hombres, sus casas ¿y nosotros?

Nada. Nosotros de fiesta ¡qué asco!

Si pudieran verlo desde aquí arriba. Ojalá pudieran escucharme. Se ve tan claro desde aquí. Los poderosos son poquitos y nosotros somos millones pero estamos tan tan dormidos.

(Al público y cada vez con más desesperación):

¡Despierten! ¡Despertate!

(Si se puede sacude el hombro de alguien en el público):

¿Podés escucharme?

¡Despierten!

Podemos elegir algo distinto.

Existe el amor. El amor de verdad. ¿Lo sentiste?
¿Le darías a tu hijito de 3 años una aspiradita de merca?

¿No? ¿Por qué no? ¿Porque lo querés? ¿Porque lo cuidás?

¿Y a vos? ¿A vos no?

No te dejes aturdir y atontar.

Mi hermano me amaba y yo itan dormida!

¡Despertate!

CIERRE

(Julio hace una señal como para que los chicos del público se paren y se abracen. También invitamos a los profesores y padres a unirse en el abrazo. La sala está a media luz)

Julio:

Ahora nos volvemos a poner de pie y nos abrazamos para decir la oración de la Serenidad. Este abrazo significa que ya no estamos solos. Por eso, cualquiera sea la connotación que le damos a la palabra dios, decimos:

Todos juntos (desde el fondo del corazón):

Dios, concédeme la serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar aquello que puedo cambiar y sabiduría para reconocer la diferencia.

(Se apagan todas las luces de sala y escenario. Se pone una canción tranquila con la que los jóvenes ya estén identificados tipo "... quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón..." de Fito Paez o "... imagine all the people, living life in peace..." de John Lennon.

Julio:

A todos, ¡Felices veinticuatro horas! ¡Suerte y adelante!

FIN

Para comunicarse con la autora:
adrianastrupp@yahoo.com.ar

Colección
Un paso antes

TÍTULOS PUBLICADOS

de Lic. Adriana Strupp

Clara, una historia de silencio

(Para jóvenes de 14 años en adelante)

Clara es una obra que nos sumerge emotiva y racionalmente en la historia de una joven que por ignorancia es contagiada con el virus del SIDA de la forma más absurda y cruel: amando.

Su lenguaje es sencillo y directo.

“Clara” nos pega al corazón.

Agrega al saber intelectual el componente emocional: los afectos en juego.

¿Cuáles son los tabúes en juego?

“Clara” es un intento de quebrar el cortocircuito que existe entre lo que se piensa, lo que se siente y lo que se hace.

Nos da la posibilidad de prever.

¡Clara no tenía que oscurecerse! ¿Y nosotros?

Daniela, la otra historia

(para jóvenes de 12 años en adelante)

¿Qué estamos dispuestos a dar de nosotros para pertenecer, para ser aceptados por los demás?

“...Daniela: Todo hubiera dado por ser aceptada.

Todo

¡Hasta mi vida!...”

Daniela es una joven adolescente como tantos otros que movida y empujada por los comerciales y por la discriminación que sufre por ser gordita, llega a la triste conclusión que **PARA SER ALGUIEN, PARA SER QUERIDA, PRIMERO TIENE QUE SER FLACA, CASO CONTRARIO ¡NO EXISTE!**

En nuestra cultura de lo descartable, de lo superfluo que se nos hace imprescindible, de lo “diet”, de lo “light” (perdiendo incluso nuestra identidad idiomática), Daniela nos invita a nosotros, supuestos libre pensadores, a preguntarnos

¿Por qué PERMITIMOS que nos digan CÓMO hay que SER PARA PODER SER?

¿Qué se esconde detrás de la búsqueda de la supuesta

perfección corporal?

La otra historia, es la de los valores aparentemente en vías de extinción.

La otra historia, es la del injusto sufrimiento al que sometemos a nuestros jóvenes.

La otra historia, es la del silencio.

¡Daniela, una obra para darse cuenta a tiempo!

Paloma ¡hay que seguir volando!

(para jóvenes de 14 años en adelante)

“...Merecer la vida es erguirse vertical más allá del mal, de las caídas.

Es igual que darle a la verdad y a nuestra propia libertad la bienvenida.

Eso de durar y transcurrir

no nos da derecho a presumir

porque no es lo mismo que vivir

¡Honrar la vida!...”

Eladia Blázquez

Lucía Rivarola es una joven muy agradable, muy comprometida con el bien y los demás.

Lucía Rivarola es una joven que sin saberlo está repitiendo la vida de otra joven.

Lucía Rivarola, a los 17 años descubre que no es quien cree ser.

Porque años atrás la historia, nuestra historia, la historia argentina ensombreció.

Porque ahora, y sólo iluminando nuestro pasado, vislumbraremos el futuro.

“Porque sin memoria no hay futuro”

Porque la vida es esperanza a pesar de todo.

Por eso hay que seguir volando.

¡Por la identidad!

¡Por la libertad!

¡Por la vida!